

pone de presente la heterogeneidad, aún en la gama de colores en los sembrados y las flores de los huertos que rodeaban las casas de los indígenas y mestizos en las riberas del Magdalena, tal como lo aprecia Humboldt, maravillado, en el viaje por el río. Heterogeneidad, movilidad, menor control de la población por parte de la corona, en estas sabanas, montes, llanuras, depresiones anegadas por las aguas. En Las Montañas de María, el primer sitio Palenque de San Basilio (pág. 227). Rochelas, sitios donde vivían los “libres de todos los colores”. *Libres* es palabra india para designar a los que no tributan como ellos, los indios cautivos: blancos, mulatos, negros fugitivos, zambos, mestizos. Juan de Santa Gertrudis: “sólo hay limpio una monte, y para ir a cada casa hay su caminito” (pág. 246). En su “Diario de viaje”, Humboldt resalta el temperamento de los sabaneros ribereños, dice de ellos que eran “hombres libres, a las veces muy activos, indómitos y alegres. Su eterna alegría, su buena nutrición... todo ello disminuye el sentimiento de compasión” (pág. 251). Vivían en la abundancia y no tenían nada... ¿Se pueden llamar “pobres” o “misera- bles” a gentes tales?

RODRIGO PÉREZ GIL

Fernando Charry Lara (1920-2004)

Semblanza

Con su boina, y la picardía insolente en la mirada, Fernando Charry Lara mantenía una ecuánime apariencia de abogado en retiro y cumplido catedrático de literatura. Pero por debajo de esa pulcra figura alen- taban los demonios felices de la poesía. Sólo a ella fue fiel toda su vida.

Las deletéreas y adorables criaturas lo seducían con sus espejismos y sus versos, apenumbados y medidos, le rendían constante tributo.

Amaba quizá por ello los suburbios, los hoteles de paso, la llama incandescente del alcohol y la traviesa energía del juego erótico, tan risueño como devorador.

Tenía gracia y humor, y había vivido lo suficiente para desconfiar de este país de eminencias pedigüeñas. Como abogado de Cicolac sirvió a los suizos con integridad, y recorrió el país, entre juzgados, políticos y notarías.



Pero siempre dejaba un margen, como Wallace Stevens en su compañía de seguros, para tener a mano un libro de ensayos literarios o un volumen de buenos versos como la antología *Laurel*, una de sus preferidas.

Liberal sin estridencias, recordaba los excesos hirsutos de una intolerancia clerical que obligaba a los contertulios bohemios de los cafés bogotanos a cortarse las corbatas rojas y tragárselas delante de los esbirros. Le apenaba la mediocridad escandalosa de nuestros días, pero en la música clásica y en la ceñida biblioteca de su apartamento de la calle 94 de Bogotá encontraba interlocutor y alivio. Bien podía ser la antología de Gerardo Diego con toda la generación del 27 o *Laurel*, de 1941, preparado por Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz. De allí emanaba la misma música que hizo conmovedores sus versos:

*Esbelta sombra dulce, sombra
[con ademán de entrega,
cuerpo en forma de cielo y
[sueño, reposas en el aire,
rompes el silencio con el
[corazón a borbotones,
pero me dejas en suspenso
[extraña,
solo palpitación, solo deseo,
hallazgo imprevisto de mi
[destino ignorado.*

Un destino por cierto, que se había forjado desde muy joven. *La alegría de leer*, la celeberrima *Cartilla Charry* era fruto familiar, y su padre, siendo niño, le llevó a la velación del cadáver de José Eustasio Rivera. A él, lo mismo que a José Asunción Silva y a Eduardo Castillo, les rendiría culto razonado, muy consciente de la tradición de la cual formaba parte. A ella vale la pena referirse por un momento.

Tradición crítica

En los años 1936 y 1940 Jorge Rojas, quien representaba el ron Bacardí en Colombia, financió y patrocinó unas entregas quincenales de poesía. Pequeñas plaquetas a través de las cuales irrumpió una nueva generación. La que conformaban Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Carranza, Gerardo Valencia, Tomás Vargas Osorio, Darío Samper y Carlos Martín. En la dedicatoria de la reedición del *Territorio amoroso* de Carlos Martín, segunda entrega fechada el 25 de septiembre de 1939, escribió Jorge Rojas de su puño y letra:

Como ves este es el título de la segunda entrega que se la dediqué a Carlos. Todavía no nos llaman piedracielistas. Eso vino a la altura de la cuarta entrega por Juan Lozano.

Juan Lozano, quien los consideró disociadores de la nacionalidad. Cuando en realidad no eran más que ávidos lectores de ese neurótico hipocondríaco y gran poeta que era Juan Ramón Jiménez. Y de los felices hallazgos verbales, en el so-

neto, en formas gongorinas, de figuras como Pedro Salinas y Jorge Guillén, los profesores. Sólo que otros, como Darío Samper y Arturo Camacho Ramírez, se inclinaban más bien por los romances civiles de Federico García Lorca y la torrencial enumeración expresionista del mejor Neruda, el de *Residencia en la tierra*.



El adolescente Charry viviría así muy de cerca esta eclosión creativa, máxime si tomamos en cuenta que el suplemento literario de El Tiempo era dirigido por Eduardo Carranza, con quien siempre mantuvo fiel amistad, al margen de las proclividades fascistas de Carranza, y sus adhesiones a los regímenes conservadores del momento. Dio cabal testimonio de ellos en 1983 cuando Charry seleccionó y prologó para el Fondo de Cultura Económica de México una antología de Eduardo Carranza titulada: *Hablar soñando*. El más equilibrado rescate del gran poeta que fue Carranza, lejos de sus retóricas veleidades nacionalistas y de sus demasiado vehementes simpatías por la España de Franco.

Como es natural, al hablar de Carranza, Charry Lara termina por hablar de sí mismo. A “los arquetipos colombianos (que) abundan en orden, medida y reposo” (pág. 8), propone otros: el matiz, la sugerencia, la ambigüedad.

Pero sin desdeñar nunca “buen gusto”, “gracia verbal”, “lucidez” (pág. 20).

Una lucidez que se ahondaría en esa suerte de neorromanticismo surrealista de la poesía de Vicente Aleixandre y la exploración, histórica y espiritual, a la cual Luis Cernuda sometería su verso, en las sucesivas reediciones de *La realidad y el deseo*. En las cinco “Cartas de Luis Cernuda” que Charry publica y presenta en el núm. 34, junio de 1996, de Gaceta Colcultura, puede seguirse a partir de abril de 1948, el válido modo, a través de reseñas y ensayos, como el poeta colombiano pensó sus admiraciones y fue dando forma a su concepto de la poesía. Un concepto que se hizo público a partir de la edición de sus primeros poemas en el cuaderno núm. 5, 1944, de las ediciones *Cántico* dirigidas por Jaime Ibáñez.

Cántico

Si el ya legendario *Cántico* de Jorge Guillén había tenido su primera edición en 1928, sus sucesivas y ampliadas reediciones incidieron, no hay duda, en el fervor inicial por la poesía de estos jóvenes que veían a Piedra y Cielo como sus mayores e intentaban perfilar una voz propia. Los catorce cuadernos de *Cántico* son reveladores de sus intereses:

1. Jaime Ibáñez
2. Francisco Luis Bernárdez
3. Andrés Holguín
4. Rainer María Rilke
5. Fernando Charry Lara
6. Paul Valéry
7. Aurelio Arturo
8. Federico García Lorca
9. Jorge Rojas
10. Pablo Neruda (1946)
11. León de Greiff (1947)
12. Vicente Gerbasi
13. Julio Barrenechea (1947)
14. Porfirio Barba Jacob (1948)

Tal como puede verse en las recientes recopilaciones de escritos críticos de Jorge Gaitán Durán y de los debates que, desde el suplemento literario de El Tiempo, dirigido ahora por Jaime Posada, se adelantaron. Allí los integrantes de la nueva generación (Jorge Gaitán Durán, Daniel Arango, Fernando Arbeláez, Álvaro Mutis, Andrés Holguín, Fernando Charry Lara) comenzaron a plantearse sus dilemas estéticos y sus opciones de lectura ante la mirada, no por generosa menos severa, de Hernando Téllez, quien terminaría por llamarlos “cuadernícolas”, ante su propensión a las pequeñas y minoritarias ediciones como eran por cierto estos cuadernitos de *Cántico* de 23 páginas apenas. Ya abogado y por entonces director de la Extensión Cultural de la Universidad Nacional, donde se había graduado, los versos de Charry Lara avanzaban dubitativos y perplejos y en ellos, como en su formal primer libro: *Nocturnos y otros sueños* (1949), con prólogo de Vicente Aleixandre, la palabra se tiende y se retrae, se proyecta y vacila, al intentar apresar una realidad fugaz:



He venido a cantar sobre la
[tierra
las cosas que se olvidan o se
[sueñan

y añadirá a esas dos realidades elusivas y deformantes, olvido y sueño, la pregunta auroral con que todo poeta joven se interroga sobre su intento:

*¿Será así la vida inexpresable
[como el mar?]*



Mirada verbal del poeta, en pos de su lenguaje. Insomnio y lejanía. Sonámbula vigilia. Olas que golpean en playas remotas y noches que amparan y cobijan fantasías y evasiones. La necesidad de un cuerpo: el cuerpo del amor y el cuerpo del poema, imaginado por un adolescente. La palabra sugiere pero no define del todo, y la música busca y tantea en pos del acorde más íntimo y diciente.

Interiorizar el mundo y expresar, en el contorno, el latido personal. El paisaje termina por girar en un torbellino alucinado y el campo se hace nostalgia pura:

*Amé yo un claro cielo de la
[tristeza sedienta
Como la pesadumbre de los
[atardeceres.*

La noche, con su magnetismo insondable, fascina y atrae, y en ella, bosque de respiraciones, abrazo en la

sombra, se da el encuentro siempre ansiado.

Pero ese fulgor, ese destello, cae de nuevo en la oscuridad, y un hálito de taciturna tristeza permea al final todo el conjunto:

*Mírame aun, pero recuerda
Que se olvida.*

La pasión poética

Cierta forma de componer, próxima a los modos de Aurelio Arturo, estaba allí presente y sólo en los poemas de su segundo libro, *Los adioses* (1963), su trabajo se hace más nítido e imperioso: el del sonámbulo que recorre la ciudad —calles, esquinas, bares, hoteles, suburbios—, para caer de nuevo junto a ese cuerpo que alberga “La rebeldía del ángel súbito”.

Pero curiosamente, aun cuando la mencione con nombre propio, esa ciudad no es sólo Bogotá. A ella se superponen sus lecturas, tanto Baudelaire como quizá Apollinaire. Y, sobre todo, dos poetas mexicanos: Xavier Villaurrutia y Octavio Paz. En su *Nocturno de los Ángeles* lo había expresado Villaurrutia en estos términos:

*Si cada uno dijera en un
[momento dado,
en una sola palabra, lo que
[piensa,
las cinco letras del DESEO
[formarían una enorme cicatriz
[luminosa*

Esta cicatriz convierte a la ciudad en un enigma, el de una soledad crucificada de tentaciones. El de ese laberinto donde, como proclama Octavio Paz en “Noche en claro”, es el pensamiento el que abre las puertas en los muros y encuentra incandescentes fragancias femeninas en los reclinados cuerpos de la espera. Al despertar abraza un fantasma: él mismo. La voz que le ha dictado a Charry esos versos tan lunares como ardidos y que más tarde, en un poema sobre la voz ajena, le demostrará como aún en el refugio amurallado, el milagro del colo-

quio amoroso puede ser roto por ese vacío exterior que irrumpe por medio de frases vacuas. Inautenticidad y tontería.

Pero ese destino ineluctable es el de la poesía moderna. En Mito, en Eco, en la Radio Nacional, dio muy cumplida cuenta de ella. Reseñó con simpatía toda la poesía latinoamericana del momento, de Enrique Molina a Juan Sánchez Peláez, de Tomás Segovia a Juan Liscano, y en su libro, *Lector de poesía* (1975) nos demostró cómo, de sor Juana Inés de la Cruz a Jorge Luis Borges, tenemos ya una tierra propia. Un humus nutricional del cual Charry Lara se sentía parte, a mucho orgullo. De otra parte una clase dirigente traicionera y siempre dispuesta al mejor postor encendía sus más acerbas críticas.



Dolor de Colombia y su violencia y ese latinoamericanismo de buena ley son otras señales valiosas de su tarea crítica. También allí, en *Los adioses*, la petra mudéz de la violencia, en esos cuerpos yacentes en una llanura de Tuluá, lo obligaban a reflexionar sobre esas dualidades siniestras que presidían nuestra vida como colectividad y el papel de los intelectuales ante una crueldad programada. No parecían justificables los esfuerzos de la poesía y de la crí-

tica ante un país que fingía interesarse por la cultura y al cual sólo animaba la avidez interesada del dinero y el poder, con su río de sangre siempre presente. Ante esta mutilación anímica el silencio parecía imperativo pero los versos asomaban pugnaces y rebeldes:



*Los días tramposos gastándole
van sueños y años
Si bien en recompensa
le dejaran por fin libre de
[intrigas.*

Así lo dijo en su elegía por Rivera. Como él, también murió en los Estados Unidos, pero nos quedan las menos de cien páginas, luminosas y estrictas, de su *Poesía reunida* (2003). Un hermoso legado.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

De la BLAA

Archivo Orlando Fals Borda

Recientemente la colección documental que en 1986 el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda donó

al Banco de la República retornó a Montería por voluntad suya; de esta manera, el Centro de Documentación Regional lleva el nombre Orlando Fals Borda y forma parte de la Red de Bibliotecas del Banco de la República, creado como apoyo al desarrollo científico, cultural y social de la región y patrimonio de los colombianos.

El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda nació en Barranquilla en 1925. Obtuvo el título de Bachelor of Arts en la Universidad de Dubuque (Iowa) en 1947, recibió el título de Master of Arts en Sociología en la Universidad de Minnesota (Minneapolis) en 1952 y en 1955 el título de Doctor of Philosophy en la Universidad de Florida (Gainesville). Fue distinguido con el título de doctor honoris causa de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Nacional de Colombia; condecorado por su destacada labor académica y política con la Gran Cruz de Boyacá y recibió los premios Guggenheim, Kreisky y Hoffmann.

Entre 1949 y 1959 se desempeñó como investigador del Instituto Colombiano de Antropología y jefe de la División de Antropología Social; jefe asistente de estudios socioeconómicos del Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano del Punto IV de los Estados Unidos en Colombia; consultor de asuntos sociales en el Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento, del Ministerio del Trabajo —sobre seguridad social campesina—, del Plan Regulador de Bogotá e Instituto de Investigaciones Tecnológicas; consejero de las Naciones Unidas ante el Gobierno del Brasil en asuntos rurales y vivienda rural y director general del Ministerio de Agricultura.

En 1959, con Camilo Torres Restrepo, fundó la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, la primera creada en América Latina, de la cual Orlando Fals Borda fue su decano hasta 1966; esta universidad conserva un importante acervo documental donado por el profesor Fals Borda que reúne documentos producidos durante su trayectoria intelectual, académica y

política además de documentos familiares.

En 1972 fue comisionado por la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social y por el Comité Ejecutivo Nacional de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc) para trabajar en la Costa con sede en Montería.

Promovió diversas iniciativas políticas de la izquierda, como el Frente Unido, la Alianza Democrática M-19 de cuya bancada fue miembro en la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Fue dirigente del Frente Social y Político y artífice de la articulación de diversas fuerzas que confluyeron en la conformación del Polo Democrático Alternativo, del cual fue presidente honorario hasta su muerte, el 12 de agosto de 2008.

Fue fundador de la revista *Alternativa*. En los últimos años impulsó la conformación del Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo y dirigió la revista CEPA.



Su obra se centra en temas relacionados con los movimientos populares, campesinos, obreros y estudiantiles, los conflictos sociales colombianos, la cuestión agraria y de